



Lo decimos con tanta insistencia
que la garganta se nos irrita.
Lo hemos repetido tanto
que se convierte en mantra y letanía.
Lo pregonamos tan constantemente,
que es más un fonema que nos embriaga y nos hipnotiza.

Lo decimos, lo llevamos a cabo y nos duele,
porque resistir es cansado
y el cansancio nos embarga.

Resistimos, y muchas veces incluso ya no sabemos
a qué estamos resistiendo;
perdemos la certeza de si a lo que resistimos existe,
si ese ente que nos oprime es tan en abstracto
y a la vez lo tenemos tan encarnado.
Resistimos a lo invisible, a algo que parece nos domina desde adentro.

Resistir: lo hemos usado como estandarte,
aunque quienes nos explotan le antepongan un hashtag para banalizarlo.

Resistimos hasta que las lágrimas se nos han salido,
de tristeza, de frustración, de desconsuelo y de rabia.
Resistimos a lo que nos parece una injusticia,
a lo que atenta contra la dignidad de nuestras vidas.

Resistimos hasta el cansancio,
lo hacemos de un montón de formas.
Resistimos en nuestros trabajos de oficinista,
en nuestra familia, donde la Moral ha hecho brecha;
resistimos en pareja, en solitario y en conjunto.

Resistimos cuando hacemos fiesta,
cuando celebramos los pequeños triunfos;
resistimos cuando nos damos la mano,
en un mundo que nos dice que hay que ser mejor que quien tenemos al lado.

Resistimos cuando nos replegamos y buscamos consuelo;
resistimos cuando abrazamos a quien nos acompaña
y cuando levantamos el puño y alzamos la voz,
sea en la calle, sea en nuestras casas o en nuestras aulas.

Resistimos (me resisto) a la soledad,
al individualismo profesado por el capital como única forma de ser y estar en el mundo.

Me resisto a sentir ese hueco que viene desde adentro,
a ese agujero que se siente frío entre el corazón y el estómago,
que entumece los brazos cuando más frío se pone,
que me ha llevado al llanto, al desconsuelo, a la culpa,
al hueco que quiere llevarme con él.

Resisto y sé que resistimos, por eso sigo resistiendo.
Porque la resistencia no se puede hacer de uno.

Resistimos a sabiendas de que resistir no basta.
Resisto con la esperanza de que resistir es también un contraataque,
para mantenernos en la lucha,
para seguir minando,
para que el mundo que viene
(quizá no para mí, pero sí para otros)
sea el mundo para el que estamos resistiendo.

